

POR UNA CULTURA DE LA VEJEZ II

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Diego Gracia Guillén*

RESUMEN

Hace tres años presenté una ponencia titulada «Por una cultura de la vejez». Hay una cultura de la que cabe llamar «primera edad» y otra de la «segunda edad», pero no parece haberla de la «tercera edad», una etapa cada vez más importante en la vida humana, aunque solo sea porque el aumento de la esperanza media de vida durante el último siglo ha hecho de ella un tercio de la duración total de la vida, pero sin un objetivo claro. Parecen ser más bien años de ocio, sin otra consigna que el *dolce far niente*. No hay rol específico para el viejo en nuestra sociedad. Por eso resultan tan llamativos los resultados que en estas últimas décadas se han venido publicando sobre lo que se ha dado en llamar la «hipótesis de la abuela» (*the grandmother hypothesis*), según la cual la temprana menopausia de las abuelas es un fenómeno adaptativo surgido en la evolución humana para hacer posible la ayuda a sus hijos e hijas en el cuidado y crianza de los hijos de éstos, y por tanto de sus nietos. Esta mayor implicación emocional de las abuelas en el cuidado de los nietos es un importante logro evolutivo, al hacer posible que sus genes se transmitan en mayor número a la descendencia. Lejos de resultar personas inútiles, las abuelas desempeñan de este modo un claro e importante papel evolutivo.

Aristóteles dice en la *Ética a Nicómaco* que hay cosas que valen por sí mismas, y otras que tienen valor por su referencia a otras. Estas se miden en unidades monetarias, en tanto que las otras, no. No todo puede comprarse y venderse. ¿Puede medirse en unidades monetarias la dignidad, o el amor, o la

* Sesión del día 24 de mayo de 2022.

amistad, o tantas cosas más? Estas cosas son las más importantes en el proceso educativo de las nuevas generaciones. Pero no son las que se cuidan más en los programas de formación. Durante la primera etapa de la vida se educa para la segunda, aquella en que tiene que primar la eficiencia, que es el modo de medir los valores instrumentales. Pero no se educa para la tercera, aquella que debería ocuparse de lo que resulta poco y mal atendido en la etapa anterior, es decir, del cuidado y la transmisión de los valores intrínsecos, esos que no cabe medir en unidades monetarias. ¿Quién puede ocuparse de esto? Sin duda la tercera edad, por más que a ella tampoco se la haya educado para tal tarea. Es necesario ampliar la «hipótesis de la abuela» de que hablan los teóricos de la biología del comportamiento, y proponer una «cultura de los abuelos», que a la vez que ayude a éstos a definir sus objetivos como grupo etario, sirva para añadir valor a la sociedad de la que forman parte. Porque si no lo hacen ellos, corre el peligro de que se quede sin hacer. Como en parte ya está sucediendo.

SUMMARY

Three years ago I presented a paper entitled «For a culture of old age». There is a culture of what it can be called «first age» and another of the «second age», but there does not seem to be one of the «third age», an increasingly important stage in human life, due to the fact that the increase of the average life expectancy during the last century has made it a third of the total length of the human life, but without a precise goal. They seem to be rather years of leisure, with no other slogan than the *dolce far niente*. There is no specific role for the old in our society. That is why the results that have been published in recent decades on what has been called the «grandmother hypothesis» are so striking, according to which the early menopause of grandmothers is an adaptive phenomenon emerged in human evolution to make them possible to help their sons and daughters in the care and upbringing of their children, and therefore their grandmother's grandchildren. This greater emotional involvement of grandmothers in the care of their grandchildren is seen as an important evolutionary achievement, as it makes possible the transmission of a greater number of their genes to their offspring. Far from being useless people, grandmothers thus play a clear and important evolutionary role.

Aristotle says in the *Nicomachean Ethics* that there are things that are worth by themselves, and others that have value by their reference to others. These are measured in monetary units, while the others are not. Not everything can be bought and sold. Can dignity, love, friendship, and so many other things, be measured in monetary units? These things are the most important in the educational process of the new generations. But they are not the best attended in training programs. During the first stage of life, young people are trained thinking in the second, the one in which efficiency must prevail, which is the way to measure instrumental values. But they are not educated for the third, the

one in which they should deal with what is little and poorly attended to in the previous stage, that is, the care and transmission of intrinsic values, those that cannot be measured in monetary units. Who can take care of this? Undoubtedly the elderly, even though they have not been educated for such a task. It is necessary to expand the «grandmother hypothesis» that behavioral biology theorists speak of, and propose a «culture of grandparents» that, while helping grandparents to define their goals as an age group, could serve to add value to the society of which they are a part. Because if they don't do it, there is a danger that it will be left undone. As in part it is already happening.

POR UNA CULTURA DE LA VEJEZ I

En mi intervención del día 21 de mayo de 2019, presenté una ponencia titulada «Por una cultura de la vejez». Hay una cultura de la que cabe llamar «primera edad» y otra de la «segunda edad», pero no parece haberla de la «tercera edad», una etapa cada vez más importante en la vida humana, aunque solo sea porque el aumento de la esperanza media de vida durante el último siglo ha hecho de ella un tercio de la duración total de la vida.

El tema es tanto más importante, cuanto que cada vez es mayor el porcentaje de personas de ese grupo etario en nuestra sociedad, y que cada vez viven más años. De ahí la preocupación reciente que existe por este tema. No es un azar que la OMS haya declarado el decenio 2020-2030 «la década del envejecimiento saludable». Tampoco lo es que el tema de los mayores haya comenzado a ser recurrente en las sesiones de la Academia. Hace escasas dos semanas, el 10 de mayo, Helio Carpintero habló sobre «La psicología de la vejez». Ramón Tamames añadía sus oportunas reflexiones días después, el viernes 13 en el periódico *La razón*. Y en él recomendaba la lectura del nuevo libro publicado por Alejandro Nieto con el cajaliano título de *El mundo visto a los 90 años*¹.

La cantidad y calidad de los miembros de este grupo etario es tanta, que obliga a formular algunas preguntas. Una fundamental es la de cuál puede ser el objetivo de esta tercera edad, o en qué puede consistir su contribución a la sociedad, más allá de pasar el tiempo matando la soledad y esperando la muerte. ¿Es éste su único horizonte?

RESIDENCIAS PARA LA ESPERA

Un excelente psicólogo y mejor persona, Ramón Bayés, de 92 años cumplidos, enviaba a sus amigos hace poco un *whatsapp* sobre la vida en las

¹ NIETO, Alejandro. *El mundo visto a los 90 años*, Granada, Comares, 2022.

residencias de ancianos. Lo titulaba: «Residencias para la espera». Hago un extracto de su contenido y cito algunos de sus párrafos. En España, cada mes, 36.000 personas cumplen 65 años. Y muchas superarán los ochenta. En nuestras sociedades envejecidas cada día habrá más personas que, en la última etapa de la vida, se sentirán solas entre las blancas paredes de una residencia sin que nadie vaya a visitarlas. Es posible que la residencia se encuentre geográficamente lejos o que sea difícilmente asequible; a lo peor sus familiares viven ya en otra ciudad y todos sus amigos –los pocos que quedan– estén inválidos o hayan muerto; quizá, sin darse cuenta, los escasos seres humanos que lo conocieron ya no cuentan al residente entre el mundo de los vivos.

Laín Entralgo, en su ensayo *La espera y la esperanza* escribía: «Más de una vez he recordado la aguda reflexión de André Gide ante el rótulo *Sala de espera* de una modesta estación ferroviaria del Marruecos español: *Quelle belle langue, celle que confond l'attente et l'espoir!* (¡Qué lengua tan hermosa, ésta que confunde la espera y la esperanza!). El lindo elogio de Gide no es del todo certero porque el español suele distinguir muy bien entre espera y esperanza; pero es cierto que poética y realmente, toda *Sala de espera*, *Salle d'attente*, es siempre de algún modo *Sala de esperanza*, *Salle d'espoir*. Si no fuese así, nadie entraría en ella»².

Hasta aquí la cita de Laín. Tras recordarla, Ramón Bayés se pregunta: ¿pero es esto realmente cierto? Hace unos días, un amigo con experiencia en la organización de residencias de alto *standing* para personas dependientes, me confesaba que a él no le gustaría terminar su vida en ninguna de estas residencias privilegiadas: limpias, confortables, con buena alimentación y cuidados sanitarios adecuados. Y al plantearse lo paradójico de su afirmación, Ramón Bayés llegaba a la conclusión de que ingresar en una residencia, sea de alto o bajo *standing*, sea pública o privada, en el fondo equivale –ya que este año se cumple el centenario del nacimiento de Samuel Beckett– a esperar a Godot. Decía Jacques Brel, en la misma línea: «Hay dos tipos de tiempo: el tiempo de la espera y el tiempo de la esperanza». Para la mayoría de los que entran en una residencia, todos los minutos, horas, días, meses, años, que les quedan de vida son ya sólo tiempo de espera. ¿Dónde ha quedado para ellos el tiempo de esperanza?

Sigo citando a Ramón Bayés. En la actualidad, probablemente para bastantes personas, ingresar en una residencia equivalga a cruzar el umbral de la sala de espera de una gran estación de ferrocarril surrealista, sin horarios ni recorridos, en la que la espera puede durar años y, en la que ningún tren –ya que se trata de una extraña estación sin trenes– les va a llevar nunca a parte alguna. Al entrar, por voluntad propia o presionadas por los familiares o las

² LAÍN ENTRALGO, Pedro. *La espera y la esperanza*, Madrid, Alianza, 1984, p. 16.

circunstancias, estas personas saben, explícita o implícitamente, que al hacerlo renuncian definitivamente a toda esperanza de cambio en sus vidas. Y por esto, suelen resistirse a entrar.

Escribe Norberto Bobbio, ilustre hijo de la península italiana, señera figura contemporánea de la filosofía del Derecho, a sus 84 años, en un libro que, como Cicerón, también titula *De Senectute*: «Recientemente le dije a un viejo amigo: “Estoy decaído, cada vez más decaído”. Me contestó con aire ligeramente burlón: “Hace veinte años que me lo dices”. La verdad es que –aunque sea difícil de entender para quienes son más jóvenes– el descenso hacia ninguna parte es largo, más largo de lo que había imaginado, y lento, hasta el punto de parecer casi imperceptible (mas no para mí). El descenso es continuo y, lo que es peor, irreversible: bajas un pequeño peldaño cada vez, pero una vez puesto el pie en el peldaño más bajo, sabes que no volverás al peldaño más alto. No sé cuántos quedan aún. Pero no me cabe duda de una cosa: son cada vez menos»³.

En las residencias para personas dependientes, muchos de los profesionales que trabajan en ellas no suelen esperar nada de los internos, salvo tal vez que no se quejen excesivamente, que respondan bien a los tratamientos que les administran para sus dolencias, que alcancen pequeñas cotas de rehabilitación, que ingieran el alimento que se les proporciona, y que algún día mueran. Y los residentes –al menos algunos de ellos– son conscientes de ello.

Hasta aquí las reflexiones de Ramón Bayés, un nonagenario reflexivo y consciente de su condición de tal, que se resiste a pensar que al viejo no le queda otro menester que el de esperar pasivamente un final cada vez más próximo. Y escribe: los políticos, los abogados, los clérigos, los responsables de nuestras instituciones, en sus discursos, suelen llenarse la boca con el valor y la dignidad de la persona humana. Pero los ancianos solos no están en los libros de ética. Son reales, concretos, ¡están ahí! No sólo hay que proporcionarles confort sino procurar que su biografía no se dé por terminada al jubilarse o al ingresar en una residencia. La vida de muchos de ellos puede ser todavía –en parte depende de nosotros– una vida que merezca ser vivida.

LA NUEVA CLASE OCIOSA

La esperanza de vida al nacimiento de la población española en 2020, la última hecha publica por el Instituto Nacional de Estadística, era de 82,33 años, con un descenso de 1,49 respecto al año anterior (85,06 mujeres y 79,59 hombres). Este descenso rompe de modo muy llamativo la línea ascendente

³ BOBBIO, Norberto. *De senectute y otros escritos biográficos*, Madrid, Taurus, 1997, p. 48.

que había venido manteniéndose de modo ininterrumpido durante las décadas anteriores. La causa es bien conocida, la pandemia de COVID-19. Aún no conocemos las cifras definitivas correspondientes al año 2021, pero es razonable pensar que habrá un nuevo descenso, aunque quizá menos pronunciado. Y cuando se consiga volver a la normalidad anterior a la pandemia, las cifras volverán a crecer al ritmo que nos tenía acostumbrados, que es de dos años por década. De lo que cabe inferir que la esperanza de vida al nacimiento será dentro de tres o cuatro décadas de 90 años. Algo no solo nuevo en la historia de la humanidad, sino que es más del doble de la esperanza de vida de nuestros antepasados de hace solo cien años. Conviene recordar que la esperanza de vida al nacimiento en la España de 1900 era de 34,76 años, y que en esto coincidíamos con los otros países occidentales.

No solo se ha prolongado la esperanza de vida sino también la llamada esperanza de vida útil, de modo que vivimos más y con mayor calidad. Empezamos a ser viejos más tarde. Pero aun así, es claro que los años ganados son sobre todo los propios de la vejez, sin que se haya producido un incremento proporcional en los años de infancia o juventud, e incluso en los de madurez. La etapa de formación es cada vez más prolongada, retardando la incorporación al mercado laboral hasta el entorno de los 30 años. Y la época productiva monopoliza los siguientes treinta o cuarenta. Lo cual significa que la llamada «tercera edad» abarca un periodo de tiempo cada vez más amplio, que en el próximo futuro tendrá una duración igual o incluso superior a la de sus dos precedentes.

Goethe dividió la vida humana en tres periodos que denomino «años de formación» (*Lehrjahre*), años de peregrinaje (*Wanderjahre*) y años de magisterio (*Meisterjahre*). Traducido al lenguaje actual, «años de formación», «años de ejercicio» y «años...» ¿Cómo calificar estos últimos? Es dudoso que a alguien se le ocurra llamarlos de «magisterio», conforme a la sugerencia de Goethe. Parecen ser más bien años de ocio, sin otra consigna que el *dolce far niente*. No hay rol específico para el viejo en nuestra sociedad. Lo cual es tanto como decir que está «de sobra». En su novela *La nausea*, Sartre hizo célebre la expresión *de trop pour l'éternité*. Es de nuevo el tema de las residencias de ancianos, en las que el sujeto está a la espera la muerte.

LA HIPÓTESIS DE LA ABUELA

Por eso resultan tan llamativos los resultados que en estas últimas décadas se han venido publicando sobre lo que se ha dado en llamar la «hipótesis de la abuela» (*the grandmother hypothesis*). En ellos parece corroborarse la tesis

adelantada por el biólogo George C. Williams en 1957⁴, de que la temprana menopausia de las abuelas es un fenómeno adaptativo surgido en la evolución humana para hacer posible la ayuda a sus hijos e hijas en el cuidado y crianza de los hijos de éstos, y por tanto de sus nietos. Esta hipótesis goza hoy de un amplio consenso entre biólogos y antropólogos. Según Kristen Hawkes, la mayor implicación emocional de las abuelas en el cuidado de los nietos es un importante logro evolutivo, al hacer posible que sus genes se transmitan en mayor número a la descendencia a través del apoyo y la ayuda a sus hijas, que, estando en edad fértil, pueden concebir y criar con su ayuda más hijos y mejor⁵. Lejos de resultar personas inútiles, las abuelas desempeñan de este modo un claro e importante papel evolutivo⁶. «La menopausia en nuestro linaje se leería no tanto como signo de senescencia o deterioro, sino como una estrategia adaptativa que implicó claros beneficios para el éxito del grupo»⁷.

En la misma dirección apunta un reciente artículo publicado por James K. Rilling, Amber Gonzalez y Minwoo Lee en noviembre de 2021, y que se titula: «The neural correlates of grandmaternal caregiving»⁸. Estudiando mediante resonancia nuclear magnética la respuesta cerebral de la abuela ante la fotografía de sus nietos, estos investigadores han comprobado que la activación de las áreas cerebrales responsables de la respuesta emocional empática en las abuelas es muy superior a la desencadenada por ese mismo estímulo en los cerebros de los padres. Se ha comprobado, además, que el vínculo entre las abuelas y los nietos mejora significativamente las respuestas académicas, sociales, comportamentales y físicas de éstos. El autor principal de este trabajo, Rilling, concluye que en el cerebro hay un *global parenting caregiving system*, responsable del comportamiento de las abuelas con sus nietos.

Estos datos son tan significativos, que han suscitado multitud de reacciones⁹. Entre nosotros, una paleoantropóloga, María Martínón, Directora del Centro Nacional de Investigación sobre la Evolución Humana (Cenih) de Burgos, acaba de publicar un libro titulado *Homo imperfectus*¹⁰. El capítulo segundo se titula «Ley de vida: Sobre la vejez», y lo dedica a explicar el sentido evolutivo de por qué vivimos muchos años, una vez finalizada la edad repro-

⁴ WILLIAMS, G. C. «Pleiotropía, selección natural y evolución de la senescencia». *Evolución*. 1957; 11 (4): 398–411.

⁵ MARTINÓN-TORRES, M., *Homo imperfectus*, Barcelona, Destino, 2022, pp. 50-51.

⁶ NATTRASS STUART; DARREN P. CROFT; SAMUEL ELLIS; MICHAEL A. CANT; MICHAEL N. WEISS; BRIANNA M. WRIGHT; EVA STREDULINSKY; THOMAS DONIOL-VALCROZE; JOHN K. B. FORD; KENNETH C. BALCOMB, and DANIEL W. FRANKS: «Postreproductive killer whale grandmothers improve the survival of their grandoffspring». *PNAS*, 2019 Dec 9; 116 (52) 26669-26673.

⁷ MARTINÓN, p. 52.

⁸ RILLING, JAMES K., AMBER GONZÁLEZ and MINWOO LEE, «The neural correlates of grandmaternal caregiving», *Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences*, 2021 Nov 24;288(1963):20211997.

⁹ CLARK, CAROL: «How Grandmothers' Brains React to the Sight of Their Grandchildren», *eScience Commons*. 2021, November 17.

¹⁰ MARTINÓN-TORRES, M., *Homo imperfectus*. Barcelona: Destino, 2022.

ductiva, cosa excepcional en el mundo de los primates. «En el caso de los humanos existe un desfase entre la senescencia somática y la reproductiva. Mientras en otros animales la senescencia del sistema reproductivo es gradual y está acompañada con el declive de otros aparatos, en las mujeres esta es abrupta y en apariencia muy temprana si tenemos en cuenta la duración total de la vida y nuestro estado físico general. Es como si la aparición de la menopausia estuviese sujeta a unos mecanismos particulares diferentes del *desgaste* asociado a la edad»¹¹. «Nuestra especie ha aumentado su longevidad extendiendo, precisamente, los periodos en los que *no* somos reproductivos. ¿Cómo se come eso? ¿Se ha vuelto loca la selección natural?»¹²

María Martínón concluye así: «A la luz de la biología, parece que una “tercera edad” prolongada es el resultado de una estrategia exitosa favorecida por la selección natural para sacarle las castañas del fuego a una especie con amenazas de mortalidad infantil elevada y una dependencia juvenil prolongada. Es decir, hay un valor añadido en la contribución que nuestros mayores hacen al éxito de nuestra especie y ese valor es de tal magnitud que la evolución ha favorecido la longevidad en aquellos grupos en los que los individuos son muy dependientes. La biología avala con datos lo que podíamos pensar que solo estaba escrito en nuestros sentimientos. Esa contribución fundamental de las abuelas, hoy también extendida a los abuelos, es una de las marcas de identidad del *Homo sapiens* dentro del linaje de los homínidos»¹³.

En una entrevista concedida al periódico *ABC* (8 de mayo de 2022), María Martínón lo expresaba así: «Es muy curioso y una de las grandes paradojas de la vida. Somos una especie muy longeva, lo que podría tener todo el sentido si lo que queremos es tener más tiempo para tener más hijos. Pero resulta que se prolongan periodos en los que no somos fértiles. Nuestra tercera edad es muchísimo más prolongada que la de cualquier otro primate». Y buscando una explicación evolutiva a este fenómeno, añadía: «La selección natural ha apostado por la tercera edad porque encuentra una ventaja importante en poder contar con una facción de la población que todavía está en activo, en condiciones relativamente buenas, para ayudar a sacar adelante a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Esa es la verdadera clave de la longevidad humana: más años para aportar al grupo». La consecuencia es clara: los abuelos son un invento de la evolución. La especie humana se caracteriza por una sorprendente e inusual inmadurez biológica al nacimiento, de forma que los individuos de nuestra especie necesitan muchos cuidados y durante un inusual número de años. El cuidado de los niños y jóvenes es una necesidad biológica y evolutiva. Por eso cabe decir que los abuelos son un invento de la evolución. Ellos son

¹¹ MARTINÓN, p. 49.

¹² MARTINÓN, p. 48.

¹³ MARTINÓN, p. 53.

«uno de los grandes éxitos con los que la selección natural ha garantizado que podamos sobrevivir. Somos inmaduros y dependientes de los demás durante mucho tiempo. En esas circunstancias tan especiales, contar siempre con alguien que nos cuide y nos proteja es importante».

Huelga ponderar la importancia de estos datos. Los ancianos tienen funciones muy importantes que cumplir, presentes ya en épocas ancestrales y que parecen programadas en nuestro cerebro. Es preciso acabar con la idea de que se trata de puras «clases pasivas» sin funciones claras y precisas en nuestras sociedades. Dar a los ancianos por amortizados es un grave error. Tienen funciones en las que nadie puede sustituirles. Y que son fundamentales para el crecimiento humano de las generaciones más jóvenes. Lo que está en juego no es solo la salud de los mayores sino también la de la salud de la sociedad. Somos inmaduros y dependientes de los demás durante mucho tiempo. En esas circunstancias tan especiales, contar siempre con alguien que nos cuide y nos proteja es importante.

¿POR QUÉ ES TAN INMADURO EL SER HUMANO AL NACIMIENTO?

Los abuelos son particularmente importantes en la especie humana, porque nuestra inmadurez al nacimiento es inusitada en la escala biológica. Los seres humanos nacemos prematuros, debido al desproporcionado tamaño de nuestro cerebro, que caso de seguir creciendo durante la gestación haría imposible el parto por vía natural. De ahí que se produzca una expulsión prematura. Y de ahí también que ciertos biólogos hablen, en el caso de la especie humana, de un periodo fetal posnatal. No hay mamífero más inmaduro al nacimiento, ni otro más necesitado de mayores cuidados y durante más tiempo de su vida que el ser humano.

La razón de todo esto se halla en el cerebro, que en el feto ocupa un volumen desproporcionado respecto del resto del cuerpo. Nacemos con un cerebro casi seis veces superior al que correspondería a un mamífero de nuestro tamaño. Los biólogos del comportamiento critican mucho la teoría del *Big Brain* como única y última explicación de las diferencias de la especie humana respecto de las demás. No hay duda de que en la evolución juega también un papel muy importante lo que denominan *the evolution of cultural adaptation*¹⁴. Pero eso no puede anular el hecho de que el tamaño del cerebro humano al nacimiento es desproporcionado respecto al de las demás partes del cuerpo, así como respecto de los mamíferos en general y los otros primates en particular. De ahí su prematuridad al nacimiento, como hizo ver Adolf Portmann ya en 1969¹⁵. La maduración que logra el ser humano en el primer año

¹⁴ Cf. BOYD, Robert. *A Different Kind of Animal: How Culture Transformed Our Species*, Princeton: Princeton University Press, 2018, p. 4.

¹⁵ PORTMANN, Adolf. *Biologische Fragmente zu einer Lehre von Menschen*. Basel: Benno Schwabe, 1951.

de la vida extrauterina la alcanzan los demás mamíferos dentro del útero materno. Comentando a Portmann, escribió Rof Carballo: «Únicamente al cabo del año alcanza el vástago del hombre el grado de madurez que tendría ya al nacer un mamífero de su jerarquía, y para llegar al cual hubiera sido preciso que el embarazo en la especie humana se hubiese prolongado un año más de lo que ocurre normalmente»¹⁶. Eso explica la gran inmadurez biológica al nacimiento y la gran necesidad de cuidados. Es lo que llevó al sociólogo alemán Arnold Gehlen a definir al ser humano como *Mängelwesen* o ser deficitario¹⁷. Es lo que hace tan importante la colaboración de las abuelas en el éxito reproductivo de las hijas, y también lo que permite y hasta exige que la evolución humana no sea solo natural o genética sino también cultural o comportamental. Dicho de otro modo, en la especie humana la cultura constituye en sí un potente mecanismo evolutivo¹⁸.

De acuerdo con la teoría darwiniana, la evolución de las especies se explica por el mecanismo de adaptación al medio y supervivencia del más apto. Es la llamada «selección natural». La selección natural se interpreta en el neodarwinismo desde la teoría genética, como la selección de aquellos genes que codifican rasgos fenotípicos adecuados al medio en que se desarrolla un ser vivo. Tales variaciones aparecen, muchas veces, por mutación u otros procesos similares de cambio en los genes. Pero estos no son los únicos modos de adaptación al medio, y por tanto de selección natural. Está la llamada «adaptación cultural», que en el caso de la especie humana es de una extraordinaria importancia¹⁹. Se trata de que los comportamientos humanos constituyen en sí un procedimiento peculiar de adaptación al medio y de supervivencia biológica. Los comportamientos individuales y colectivos seleccionan rasgos fenotípicos y por tanto también genes, haciendo que unos pasen en mayor número que otros a la descendencia. La «hipótesis de la abuela» es uno de esos mecanismos comportamentales con una evidente función evolutiva.

¿EN QUÉ PUEDE CONSISTIR EL CUIDADO DE LAS ABUELAS A SUS NIETOS?

El resultado del trabajo de Rilling demuestra que la respuesta empática de las abuelas ante la presencia de sus nietos es distinta y superior a la de los padres, en quienes la respuesta es más cognitiva que emocional. Las zonas que se activan con intensidad son las responsables de la respuesta emocional, de tal

¹⁶ ROF CARBALLO, Juan. *Urdimbre afectiva y enfermedad*. Barcelona: Labor, 1961, p. 88.

¹⁷ Gehlen, ARNOLD. *Der Mensch, seine Natur und seine Stellung in der Welt*. Berlin: Junker und Dünhaupt, 1940.

¹⁸ ARSUAGA, Juan Luis/MARTÍNEZ, Ignacio: *La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana*. Barcelona: Destino, 2019.

¹⁹ Cf. el libro citado de Robert BOYD.

modo que las abuelas establecen un vínculo emocional peculiar y muy profundo con sus nietos. Y el problema está en qué puede significar esto.

En la mente humana existen tres vectores fundamentales, el cognitivo, el emocional y el conativo u operativo o práctico. Parece que la respuesta de los padres ante los hijos es más bien cognitiva, en tanto que la de los abuelos con sus nietos es emocional. El vector cognitivo es el que nos actualiza las cosas de nuestro entorno como «hechos objetivos», que si por algo se caracterizan es por ser emocionalmente neutros. Quien los colorea es el segundo vector, el afectivo, que nos hace reaccionar ante los hechos, valorándolos como agradables o desagradables, positivos o negativos, etc., preparando de ese modo el campo para la acción del tercer vector, que reaccionará moviéndonos en la dirección del objeto o en la contraria, y por tanto con aceptación o rechazo.

Fijemos la atención en el segundo vector, el emocional. Él es el que nos permite «valorar» los hechos. En la cultura moderna se ha extendido la tesis de que los valores son subjetivos, a diferencia de los hechos, que se caracterizan por su objetividad. Pero si bien se mira, ni los hechos son tan objetivos como se supone, ni los valores tan subjetivos como se dice. Todos son ambas cosas a la vez. No es este el momento de elaborar una teoría del valor, pero sí decir que todos valoramos, y que la valoración es una actividad espontánea y natural de la mente humana. Valoramos, querámoslo o no.

Más que elaborar una teoría completa del valor, conviene distinguir aquí dos tipos de valores radicalmente distintos, los instrumentales y los intrínsecos. Ello es tanto más importante, cuanto que durante la segunda parte de la vida tenemos que dedicarnos a la promoción de los primeros, sin excesivo tiempo para ocuparnos de los segundos. Lo cual plantea varias preguntas, al menos dos: ¿quién se ocupa de promover y transmitir los valores intrínsecos a las nuevas generaciones? Y ¿serán los abuelos las personas más capacitadas y adecuadas para transmitir los valores intrínsecos a sus nietos?

LA EDUCACIÓN EN VALORES

Si se lee la flamante nueva ley de educación presentada por el Gobierno y aprobada por el Parlamento español, la LOMLOE, se verá, no sin sorpresa, que «en algún curso» de la educación secundaria obligatoria, sin especificar en cuál, «todos los alumnos y alumnas cursarán la materia de Educación en Valores cívicos y éticos». Y por si alguien no sabe bien lo que son los valores, inmediatamente aclara que la reflexión ética incluirá «contenidos referidos al conocimiento y respeto de los Derechos Humanos y de la Infancia, a los recogidos en la Constitución española, a la educación para el desarrollo sostenible y la ciudadanía mundial, a la igualdad de mujeres y hombres, al valor del respeto a la

diversidad y al papel social de los impuestos y la justicia fiscal, fomentando el espíritu crítico y la cultura de paz y no violencia» (artículo 25, punto 7). Está claro: la educación en valores consiste en explicar derechos humanos, tal como están en el Título I de la Constitución española, añadiendo las novedades introducidas por la ideología de género. De lo que se deduce que en vez de hablar de valores se hablará de derechos, y de ese modo se contribuirá aún más a la confusión reinante entre Ética y Derecho. En la práctica, pura formación en derechos humanos. Por cierto, que a pesar de lo meticolosos que parecen haber sido al detallar derechos y evitar discriminaciones, se han olvidado de los derechos de los mayores. ¿Por qué será?

Aristóteles dice en la *Ética a Nicómaco* que hay cosas que valen por sí mismas, y otras que tienen valor por su referencia a otras. Estas se miden en unidades monetarias, en tanto que las otras, no. No todo puede comprarse y venderse. ¿Puede medirse en unidades monetarias la dignidad, o el amor, o la amistad, o tantas cosas más? Es la clásica distinción entre valores intrínsecos e instrumentales. Sin haber estudiado teoría del valor, la cultura popular lo ha tenido claro desde siempre. «El cariño verdadero ni se compra, ni se vende», dice una copla popular. Y de Antonio Machado son los versos que dicen: «Solo el necio confunde valor y precio»²⁰. Hay cosas que tienen muy poco valor monetario. Son las que llamamos «despreciables». Y hay otras que tienen tanto valor, que no pueden medirse en unidades monetarias. A estas las llamamos «inapreciables»²¹.

Estas son las más importantes en el proceso educativo de las nuevas generaciones. Pero no son las que se cuidan más en los programas de formación. Durante la primera etapa de la vida se educa para la segunda, aquella en que tiene que primar la eficiencia, que es el modo de medir los valores instrumentales. Pero no se educa para la tercera, aquella que debería ocuparse de lo que resulta poco y mal atendido en la etapa anterior, es decir, del cuidado y la transmisión de los valores intrínsecos, esos que no cabe medir en unidades monetarias. ¿Quién puede ocuparse de esto? Sin duda la tercera edad, por más que a ella tampoco se la haya educado para tal tarea. Es necesario ampliar la «hipótesis de la abuela» de que hablan los teóricos de la biología del comportamiento, y proponer una «cultura de los abuelos», que a la vez que ayude a éstos a definir sus objetivos como grupo etario, sirva para añadir valor a la sociedad de la que forman parte. Porque si no lo hacen ellos, corre el peligro de que se quede sin hacer. Como en parte ya está sucediendo.

²⁰ GRACIA, Diego. *Valor y precio*, Madrid, Triacastela, 2013.

²¹ GRACIA, Diego. «El valor de lo inapreciable», *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 2012; 98: (en prensa).